

Identidad religiosa y existencia. *Libro de las memorias de las cosas*, de Jesús Fernández Santos

José PAULINO AYUSO

Universidad Complutense de Madrid
jpaulino@filol.ucm.es

RESUMEN

Jesús Fernández Santos (1926-1988) es un escritor que atiende al fenómeno religioso como determinante de la vida íntima de los individuos y de sus relaciones sociales. Este trabajo analiza una de sus novelas más significativas que tiene como referencia a un grupo cristiano evangelista, ajeno a la tradición católica española, del cual se relaciona su historia y la evolución de algunos personajes individualizados. Incluye el autor una parte de su experiencia personal y una mirada a la historia de España como aspectos de una ficción que ofrece una visión problemática de la existencia humana.

Palabras clave: Novela española del siglo XX. Protestantismo en España. Crisis Religiosa.

Religious identity and existence

ABSTRACT

Jesús Fernández Santos (1926-1988) is a writer for whom religion is a determining factor in the life of both individuals and societies, a characteristic which is unusual among authors of the period in which he writes. This study analyzes one of his most important novels, which tells the story, over a period of about a century, of an Evangelical community in Spain, the difficulties which it encounters, and the development of some of its leading figures. The author introduces into this novel some aspects of his personal experience, as well as a problematical perspective deriving from his own way of looking at the reality of Spain in particular, and human existence in general. It is, as a result, a work which is representative, original and complex.

Key Words: 20th. Century Spanish novel. Protestantism. Religious crisis.

SUMARIO 1. Un autor y una trayectoria narrativa. 2. Las miradas diferentes, las formas narrativas y el tiempo. 3. La fidelidad histórica y la memoria de las cosas. 4. Exclusión y elección como marcas de identidad en la existencia. 5. Aspectos propios de la configuración del universo narrativo. 6. Posibilidades interpretativas.

1. UN AUTOR Y UNA TRAYECTORIA NARRATIVA

Parece ser experiencia común de la lectura encontrar en determinadas novelas una reconstrucción narrativa de cierta época que no sólo resume de forma magistral, irrenunciable e irrepetible las circunstancias de su tiempo, sino que configura un modo de verlo y de comprenderlo, especialmente cuando se pone en relación con el presente del lector. Más allá de los datos, accedemos a una cierta experiencia interior del tiempo histórico. En el caso del siglo XIX bastan los nombres de Galdós y de Clarín para confirmarlo; en la época de la posguerra del siglo XX, los nombres de Cela y de Martín Santos son representativos. Pues bien, Jesús Fernández Santos vendría a procurar al lector una particular experiencia interior del tiempo y de la historia. Y esto a partir también de una religiosidad conformadora de la personalidad, lo que resulta una singularidad de este autor.

Literariamente Fernández Santos se sitúa dentro de la promoción del medio siglo o de «los niños de la guerra» (contemporáneo de Aldecoa, de Rafael Sánchez Ferlosio, de Carmen Martín Gaité, entre sus compañeros del grupo madrileño, y de Ana María Matute, los hermanos Juan y Luis Goytisolo, Marsé —estos algo más jóvenes— entre los escritores en castellano de Barcelona.) Nos referimos a una época y a unos autores que parten de un realismo crítico y que realizan lo que en su momento se denomina «novela social»¹. Estos son conceptos puestos en revisión y, aunque habituales, poco precisos, pero tienen un valor indicativo. Dentro de la descripción literaria se señala la preferencia por determinados recursos técnicos que tienden hacia el objetivismo y la pretensión de ofrecer un testimonio de la realidad desde el lado de los oprimidos y de las víctimas del sistema social, aunque una buena parte de su obra (así Goytisolo o Marsé) se dedica más bien a la crítica de algunos sectores de la burguesía, preferentemente urbana.

En cualquier caso, la situación de Fernández Santos en este proceso es peculiar² por su evolución y por la coherencia de su universo narrativo. Así, escribe Ignacio Soldevila: «Si el papel de su primera novela... como iniciadora y estimuladora de la corriente de *novela social* ha sido objeto de contradictorias opiniones, parece indiscutible que es una de las más notables obras entre las que se consideran originadas en la tendencia». También Santos Sanz Villanueva valora esa novela, *Los bravos*, como una obra inaugural de la nueva tendencia (más allá del reconocimiento que entonces alcanzara) y una de las muestras más logradas y relevantes de ella. Destaca tres aspectos modélicos: el tema, la fuerte construcción en secuencias cinematográficas y el minucioso cuidado de objetividad lingüística que caracteriza el texto³.

Sin embargo, Santos Sanz no considera a Fernández Santos un novelista social, ni siquiera en esta primera novela, ya que no aparece en ella una denuncia explícita, sino, más bien, un testimonio del vivir de las gentes en su rutina y vaciedad. Añade: «*Los bravos* está muy distante de otras obras del realismo social en cuanto al alcance de su crítica, siempre mucho más elusiva e indirecta que en las obras más proto-

¹ Pablo Gil Casado, *La novela social española*, Barcelona, Seix Barral, 1975; Eugenio G. de Nora, *La novela española contemporánea (1936-1967)*, Vol. II, Madrid, Gredos, 1979; José Domingo, *La novela española del siglo XX*, Madrid, Labor, 1973; Santos Sanz Villanueva, *Historia de la novela social española*, 2 vols., Madrid, Alhambra, 1980.

² De hecho, la situación general de Fernández Santos en el panorama de la narrativa española del medio siglo ha suscitado muchas dudas y diferencias de opinión. Algunos prefieren no fijarle lugar, otros lo consideran un caso aparte, individual (Rodríguez Padrón). Unos hablan de su comienzo en la novela social, otros la califican como novela crítica; Santos Sanz, entre otros, lo clasifica dentro de una tendencia «neorrealista». Todo esto es, sin embargo, indicativo de algo muy propio del autor que estudiamos: que, por una parte, se sitúa por tendencia y por relaciones dentro de su promoción y, más particularmente, dentro del grupo madrileño; y que, a la vez, sigue una trayectoria personal, de fidelidad a sus principios, que le hace evolucionar dentro de «un estilo personal unitario de novelar» [evolución sin rupturas]. Por ello, es «uno de los que mejor representan las virtudes de la novela social y más lejos se han mantenido de sus habituales escollos.» (Gonzalo Sobejano, *Novela española de nuestro tiempo*, Madrid, Prensa Española, 1975, p. 342.)

³ Santos Sanz Villanueva, *Historia de la novela social española (1942-75)*, 2 vols., Madrid, Alhambra, 1980, vol. I, p. 335.

típicas de este grupo.»⁴ Lo sitúa más bien dentro de una tendencia «neorrealista», que define por «su decidido afán documental, que no se encuentra, sin embargo, al servicio de una ideología concreta. Y, en lo que afecta al tratamiento literario, destaca un notable interés por la precisión del vehículo expresivo», con dos aspectos: elaboración literaria cuidada de las partes narrativas y voluntad de reproducir el lenguaje coloquial⁵.

Cabe diferenciar en el novelista tres momentos: el inicial, más vinculado a la corriente precisa de la novela testimonial, hasta mediados de los años sesenta. A partir de *El hombre de los santos* (1969) se produce una mayor complejidad en el universo del relato y en las formas de narración. Con *Extramuros* (1978) se puede iniciar una tercera etapa, en que de nuevo se simplifica la forma narrativa y se prescinde de la fragmentación y de las rupturas temporales muy marcadas⁶.

Sin embargo, al par que la evolución no deja de señalarse, como han hecho Sobejano, Rodríguez Padrón, Santos Sanz y Soldevila, la unidad de la narrativa de Fernández Santos, tanto en sus preocupaciones como en el empleo de diferentes procedimientos narrativos, técnicas y estilos de lenguaje. Afirma el primero: «Entre los de su generación, es Fernández Santos, a mi modo de ver, el novelista más fiel a sí mismo, más seguro en la posesión y perfeccionamiento progresivo de un estilo unitario de novelar...» Soldevila señala que el conjunto de su obra «sorprende tanto por su continuidad como por su constante progresión cualitativa.»⁷

Un segundo aspecto nos interesa de manera particular y es el modo como el novelista sitúa sus ficciones en relación con la realidad y la historia. Hablo de realidad presente, inmediata y compartida entre autor y lector, pero también de proceso de formación y evolución en tramos más largos e, incluso, de recreación de los tiempos pasados y de sus circunstancias. Con ello se produce lo que llamamos la «ilusión del realismo», imprescindible para que el lector vincule ficción e historia, aunque el novelista, a su vez, tienda a omitir otros muchos elementos concretos (como los topónimos, etc.) y prefiera una visión subjetiva (propia de los personajes) y una contemplación lírica. Veremos el efecto significativo que esto produce que puede resumirse en universalidad e interioridad o dominio de la conciencia. Por ello, Soldevila habla de un «realismo de efecto (lo que los pintores denominan *trompe-l'oeil*)» y lo matiza al ponerlo en relación con el realismo cervantino: «Realismo transmutable o, si se prefiere, trascendente si eliminamos las connotaciones religiosas del término. En la línea también del Galdós de *Nazarín* o de *Torquemada*.»⁸

⁴ *Idem*, p. 340.

⁵ *Idem*, p. 67.

⁶ Concha Alborg, *Temas y técnicas en la narrativa de Jesús Fernández Santos*, Madrid, Gredos, 1984, p. 13. La consideración de tres etapas es también bastante natural. Véase Jorge Rodríguez Padrón en su “Estudio Preliminar” edición de J. Fernández Santos, *La que no tiene nombre*. Madrid, Espasa-Calpe, 1982.

⁷ Gonzalo Sobejano, *idem*; Ignacio Soldevila, *La novela desde 1936*, Madrid, Alhambra, 1980, p. 233.

⁸ Ignacio Soldevila, *op. cit.*, p. 235. Aunque admito poner entre paréntesis el significado religioso del término «trascendente» para significar un realismo que no se queda en la mera descripción de la realidad, sino

Por otra parte, la ya aludida unidad de la obra del novelista puede basarse en un tema general, que se refracta en muchos personajes y situaciones, o en un modo de contemplar la realidad que termina por imponerse como significado de conjunto del relato, aunque éste permanezca siempre abierto a lecturas múltiples y particulares. De nuevo escribe Soldevila: «Su temática gira en torno a los problemas del hombre considerado como víctima de su soledad –personal o de grupo aislado, minoritario– y de su aislamiento en un mundo cerrado, amurallado, del que toda esperanza de salida o de modificación resulta rara o evanescente.» Considero apropiado este resumen, siempre que establezcamos las relaciones entre el individuo, el grupo y la sociedad, por una parte, y, por otra, entre esa soledad que le agobia y los procesos temporales y sociales, es decir, históricos. Añade también Soldevila: «La idea esencial que se desprende es que la frustración y el fracaso de los hombres procede del deterioro o de la ausencia de solidaridad, de comunicación, y que restablecida éstas, sería posible esa sociedad en la que no sólo los valores degradados recuperarían su mítica limpieza original, sino que darían lugar a nuevos valores...»⁹ Es ésta una visión que podemos considerar con cierta raíz existencialista, aunque también la dimensión social sea irrenunciable; por ello no se trata tanto de un destino, de una determinación sino de una visión pesimista de los procesos históricos y de la dificultad de los seres marginales para salir adelante en esas circunstancias adversas, aunque siempre cabe buscar un modo de adaptación y supervivencia.

Otro rasgo que relaciona las ficciones de Fernández Santos es su espacio físico, que evoca y reconstruye paisajes de su tierra de origen familiar, bien la montaña leonesa o bien el Páramo (ambos paisajes aparecen muy intensamente descritos y soportados por los personajes en *Libro de las memorias de las cosas*.) Cuando esta referencia (más bien implícita) no es clara o no aparece, sin embargo los elementos externos –generalmente hostiles– son semejantes (por ejemplo, en *Extramuros*.)

Finalmente, es un aspecto distintivo, dentro del mundo de ficción de Fernández Santos, la presencia múltiple de lo religioso, sea en los espacios que dan marco particular a los relatos (*Las catedrales*), sea en la ocupación de un personaje, que restaura obras de arte religiosas (*El hombre de los santos*), sea en la presencia y en las palabras de personajes identificados con instituciones y cargos (párroco, priora, deán), sea porque la novela refiera la vida de determinados personajes cuya vincu-

que intenta profundizar en la forma de experimentarla subjetivamente y en la relación entre los destinos individuales y las formaciones sociales en la historia, habrá que rescatar ese mismo valor religioso, pues es tema o motivo recurrente de Fernández Santos y la mención de esas novelas de Galdós no parece casual, precisamente en relación con el aspecto religioso, que atañe a las dimensiones sociales.

⁹ Ignacio Soldevila, *op. cit.*, pp. 233-234. También Sanz Villanueva ha observado este aspecto, que él resume del siguiente modo, en relación con el libro de cuentos *Cabeza rapada*: «Esta visión derrotada de la persona suele localizarse en un espacio novelesco que remite a un contexto social de efectiva actualidad. De ahí la valoración de Fernández Santos como novelista crítico». *Idem*, p. 351. Juicio que matiza más tarde al referirse a las novelas a partir de *Extramuros* y de *La que no tiene nombre*, en las que la acción se remite a tiempos remotos.

lación vital e institucional con la religión es constitutiva: religiosas de clausura de *Extramuros*, «Hermanos» de *Libro de las memorias de las cosas*.

Como ya he avanzado antes, este hecho parece no ser anecdótico, aunque en algunos de sus relatos las referencias a los elementos religiosos sean más bien circunstanciales (la iglesia vacía de *Los bravos* o la catedral como contexto vital de algunos personajes en algún momento de su vida). Pero en otras obras la religión es uno de los factores esenciales de la historia contada¹⁰. Porque Fernández Santos parece ser uno de los pocos autores de su época y de su tendencia que atiende de manera particular –en algunas de sus novelas– al fenómeno religioso en sí mismo como determinante de las vidas de los individuos y como constitutivo de sus relaciones sociales. En los demás autores de su promoción la religión tiene una presencia casi exclusivamente de orden institucional (iglesias, personas, colegios, actos solemnes, costumbres piadosas), es vista de manera crítica y peyorativa por los efectos negativos, adversos que produce sobre las vidas de los personajes o aparece sometida a los intereses económicos y políticos, de los cuales se beneficia también, lo que lleva casi indefectiblemente a un juicio de hipocresía o de falsedad¹¹. Cabe encontrar también la novela centrada en un personaje cuya vida está determinada por su compromiso religioso: así, *La oscura historia de la prima Montse*, de Juan Marsé, que no sólo presenta aspectos muy negativos de la religión nacional católica (los «cursillos de cristiandad») sino una visión desolada de la misma historia del personaje, engañado y destruido por la inadecuación de sus valores y la ingenuidad de su conducta.¹²

¹⁰ R. Jiménez Madrid trata este aspecto y señala la «compleja relación que se establece entre el autor madrileño, laico por naturaleza [*sic*], con la religión que, como constante leit motiv, aflora en su obra.» Luego matiza los diversos aspectos en que se puede separar ese interés, por las figuras, por la decadencia de la iglesia como institución, por los ambientes cerrados, etc., y añade: «En sus obras más recientes la influencia religiosa se estudia directamente en los personajes... su intención es demostrar los distintos efectos y conexiones entre las convicciones religiosas y los individuos que las creen o las rechazan según sea el caso.» *El universo narrativo de Jesús Fernández Santos (1954-1987)*, Murcia, Universidad, 1991, p. 119.

¹¹ Concha Alborg ya señaló en la presencia misma de lo religioso un elemento distintivo del autor: «Al utilizar la guerra civil como constante en su narrativa Jesús Fernández Santos muestra un rasgo característico de su generación. No sigue a sus contemporáneos, en cambio, en lo referente a temas religiosos.» Y esto porque «la religión tiene, de una forma u otra, una importancia significativa a través de la creación de Jesús Fernández Santos...» No puedo, en cambio, compartir la idea de que «se puede interpretar a la Comunidad de protestantes como un microcosmos de la España católica» (*op. cit.*, p. 78). La cita de Fernández Santos que incluye a continuación no permite tal deducción. Naturalmente los problemas son semejantes en cuanto relacionan las creencias y las existencias, pero su «condición de minoría» es precisamente determinante y parece haber sido fundamental para la elección de ese microcosmos narrativo frente a la España católica.

¹² También Concha Alborg menciona esta novela de Marsé, en relación con la de Fernández Santos, sobre todo por sus personajes femeninos principales. Otra novela importante, dentro de este panorama (afectado por la renovación del Concilio Vaticano II) es *Cinco horas con Mario* (1966), de Miguel Delibes. La religión aparece aquí como un hecho personal, pero también como un conjunto de normas y principios mostrados; como un rasgo individual (aunque visto indirectamente) y socialmente conflictivo.

Pero, en general, en la narrativa de los años cincuenta y sesenta, las figuras representantes de la religión aparecen anecdóticamente y en función casi exclusiva de ese carácter social asumido. El *tema religioso* (como tal) es rechazado o está ausente y suscita actitudes de reserva o de beligerancia. Más bien, como ya se podía advertir en un estudio anterior, centrado en algunos autores (Goytisolo, Marsé, Umbral)¹³, se trata de novelas urbanas con personajes de las clases medias y de la burguesía profesional y dirigente, cuyos narradores muestran un distanciamiento hostil o irónico y una descalificación de las conductas religiosas y de los sistemas de creencias, tanto en la psicología como en las vinculaciones de la institución eclesíástica con el dominio social y económico. Los comportamientos devienen infantiles o hipócritas por el moralismo y la coacción; y la religión se identifica con prácticas mostrencas y con instrumento de poder, con anquilosamiento y forma de integración social, con reducción de la vitalidad y la muerte. La impresión general es que la religión aparece como algo inauténtico y coactivo, y que puede ser utilizado en beneficio de algunos. La sinceridad y el compromiso con los valores proclamados conducen más bien al fracaso¹⁴

Tal vez Fernández Santos elige personas vinculadas a la profesión y confesión religiosa para acotar un campo privilegiado en la investigación ficcional del devenir humano y de los procesos de incomunicación, separación, perplejidad de la conciencia; un campo en el que sembrar la visión existencialmente pesimista o escéptica del autor en relación con los dos vectores de la existencia humana: su vinculación o re-ligación a una utopía o deseo absoluto y su proyección en la sucesión temporal de la historia que va cambiando, sin la voluntad concreta de los agentes, el curso de la vida y de los acontecimientos. Así, Fernández Santos nos habla de los modos de estar en esa tensión por parte de unos grupos de personajes socialmente marginales, lo que parece además digno de ser tenido en cuenta, muy en consonancia, sin embargo, con el conjunto que el autor hace desfilar en sus obras. En el caso de *Extramuros* esa marginalidad le viene de la misma opción de vida elegida, la clausura conventual, que, si no libra a las monjas de las maldades, mezquindades y ambiciones, las aparta del trato normal con la sociedad y las mantiene «extramuros de la ciudad». En el caso de *Libro de las memorias de las cosas* se trata de una pequeña comunidad evangélica en el seno de una sociedad hostil que, en los cien años de historia que resume, ha sido común y aun oficialmente católica en la mayor parte del tiempo. La mirada desde la fluidez doctrinal y práctica impuesta por el Concilio Vaticano II sobre ese grupo implica la posibilidad de fijarse en él por partida doble: tanto respecto al ideal religioso de vida (más puro cuanto más aislado) como respecto a la

¹³ José Paulino, “La aparición de la religiosidad en la narrativa de los años 60”, *Memoria Académica 1981-1982*, Instituto Fe y Secularidad, Madrid, 1983, pp. 26-42. Este texto recoge una parte de mi aportación al seminario “Conciencia religiosa y cambio social” que tuvo lugar dentro del curso académico citado.

¹⁴ Naturalmente, no se tiene en consideración el posible modelo del destino de Jesús, que fue condenado y ajusticiado como criminal, y menos el significado salvífico de tal destino.

perspectiva de las relaciones, ya que conjuga la perspectiva que mira desde el *otro* con la(s) perspectiva(s) que mira(n) hacia ese *otro*. Evita así caer en la cuestión del catolicismo y sus vinculaciones políticas, etc. que podría distorsionar la composición y desde luego la lectura en los tiempos de su publicación que coinciden ya con el tardofranquismo¹⁵.

2. LAS MIRADAS DIFERENTES, LAS FORMAS NARRATIVAS Y EL TIEMPO

Creo que son éstos los tres factores más evidentes de la complejidad textual y constructiva de *Libro de las memorias de las cosas*. En él se reconstruye, con cierto carácter documental y testimonial, la existencia de una comunidad evangélica en las tierras del interior de España (León) durante unos cien años. Pero la historia se va presentando a base de fragmentos en que se conjugan una mirada (desde dentro o desde fuera, de uno y otro personaje) formas narrativas variables: monólogo interior, diálogo, testimonio personal, relato en tercera persona con perspectiva subjetiva, documento, relato objetivo en tercera persona, etc.¹⁶, y un *puzzle* temporal que no sigue la secuencia de los hechos históricos, sino que alterna el presente, donde domina la figura anónima de un investigador reportero que inquiere sobre los orígenes y trayectoria de la Comunidad, con distintos momentos del pasado, evocado a través, sobre todo, de los recuerdos de los personajes y de los monólogos interiores de Margarita, la hija más joven de Sedano, el fundador de la comunidad en el Páramo. Hay que indicar que, como es habitual en Fernández Santos, no hay capítulos, sino una serie de secuencias, separadas por un espacio en blanco, sin numeración. Lo que sí es determinante para el tono de la narración (e incluso para el desenlace) es que la perspectiva del presente hacia el pasado aparece marcada por el cansancio, el deterioro, la decadencia y –tal vez– la conciencia de fracaso en los personajes reflexivos: «¿Cómo se vino abajo aquel espíritu tan fuerte? ¿Por qué Molina, que siempre fue el primero en luchar contra los otros, nos quiere abandonar?»¹⁷ piensa Margarita. Y poco después: «Ahora ya, ¡qué lejos está todo! Ahora todo es igual, como es igual la tierra con sus hierbas y cardos a los dos lados de esa tapia caída» (se refiere al cementerio, que les causó denuncias y problemas.) El deterioro físico

¹⁵ Resume la vida y obra del autor y analiza también esta novela Margarita M. Lezcano en *Las novelas ganadoras del premio Nadal. 1970-1979*, Madrid, Editorial Pliegos, 1992, pp. 29-43.

¹⁶ Distinguimos las voces de un narrador omnisciente anónimo en tercera persona, un narrador reportero, las voces de Muñoz, de Martínez, de Mr. Baffin, los comentarios de personajes relacionados con los principales, en la aldea o en la ciudad, los pensamientos de Margarita en monólogo interior y como discurso indirecto libre, los de Virginia, la hermana mayor, escasos, los textos documentales, palabras de los discursos, cartas, instrucciones, etc.

¹⁷ *Libro de las memorias de las cosas*, Barcelona, Destino, 1982, p. 29 (Destinolibro, 173). Todas las citas de la novela se harán en el texto según esta edición.

se empieza a mostrar como imagen del deterioro moral, vital y psicológico. Por otra parte, la libertad o autonomía del pensamiento, la fluidez de las imágenes mentales, la preocupación de los personajes, la investigación de la historia, todo ello proyectado sobre la fragmentación temporal y textual conduce a un sistema de narración en que frecuentemente se superponen los tiempos y se borran los límites entre el pasado y el presente (aunque no se confundan) y entre lo real, lo deseado y lo imaginado en los discursos, sobre todo interiores¹⁸.

3. LA FIDELIDAD HISTÓRICA Y LA MEMORIA DE LAS COSAS

El origen del interés de Fernández Santos por una comunidad protestante puede estar en su curiosidad infantil, puesto que él recuerda que vivió un tiempo frente a una capilla protestante y asistió a un entierro. Pero, sin duda, luego recabó una información muy exacta respecto de la historia y del número de los cristianos evangélicos en España para componer su obra¹⁹. La novela parte del tiempo presente inmediato: así, se encuentran referencias precisas al Concilio Vaticano II, a la Ley de libertad religiosa (1967) y al registro de Asociaciones (pp. 211-212), a un encuentro de los protestantes españoles en Barcelona, al amparo de la nueva legislación, al homenaje a Martin Luther King (abril de 1968). Pero más ampliamente se refiere a la Segunda Reforma, que fue para pobres, según el texto mismo²⁰. La capilla del grupo, sencilla y austera, para diferenciarse de la católica, tiene casi cien años (se dice en un diálogo de la obra.) Determinados acontecimientos, mencionados aleatoriamente en apariencia, permiten trazar un recorrido desde 1868 hasta 1968 y tienen que ver tanto con la historia oficial: enfermedad del Rey Alfonso XII, epidemia de

¹⁸ En uno de los escasos trabajos sobre esta novela, en relación con nuestro tema, escribe Ángel Raimundo Fernández: «nada [en la novela] es de perfiles netos. Ni los personajes que fueron ni los que son se presentan totalmente definidos. Está claro el *hacer*, pero es el *ser* el que permanece envuelto en una nebulosa, simbolizada, acaso, en la cantidad abrumadora de interrogaciones reflexivas, o en la niebla persistente que envuelve la zona donde viven las hermanas.» «*Libro de las memorias de las cosas*. Un tema insólito y una expresión compleja en la narrativa de 1971». *Entre la Cruz y la Espada. En torno a la España de posguerra. Homenaje a Eugenio G. de Nora*, Madrid, Gredos, 1984, p. 157.

¹⁹ La cifra de 6.000 Hermanos que da Concha Alborg, citando la historia de R. Tamames, *La República, La era de Franco*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, corresponde a la que ofrecen los documentos oficiales aun ahora. La misma autora identifica el origen de esa Comunidad, los Plymouth Brethren. «Este grupo, formado en Inglaterra en 1830 por John Nelson Darby, propagó su doctrina por Francia, Suiza e Italia.» Fernández Santos mismo explica que «la comunidad a la que mi libro se refiere es la más numerosa de las existentes en nuestro país, y yo diría que la más española, pues no admite jerarquías...» (Véase J. Rodríguez Padrón, (ed.) Jesús Fernández Santos, *op. cit.*, p. 27). Más información la ofrece el Centro de Estudios de la Reforma (CER, con página web). Véase también Margarita M. Lezcano, *op. cit.*, pp. 34-38.

²⁰ «Aquella primera [Reforma], cuando Carlos V, fue para aristócratas y nobles... En cambio, esta Segunda Reforma, que empieza prácticamente con la Constitución famosa, fue una nueva reforma para pobres, para los económicamente débiles, como diríamos ahora, para gentes de medio pasar.» (*Ed. cit.*, p. 336)

la peste (posiblemente 1884-85), como con la intrahistoria: presencia de los misioneros protestantes en España (después de 1869, ya que se menciona la «famosa Constitución»), intentos de reconocimiento oficial, etc. Las referencias a la guerra civil son escasas, sin embargo, y poco significativas (pp. 115-116) aunque algún personaje (Mr. Baffin) la había previsto; la posguerra es tiempo más difícil: se cita un artículo del Fuero de los Españoles (pp. 210-211); y se menciona también, como fenómeno propio ya del presente, el auge de grupos más proselitistas, como los Adventistas y los Testigos de Jehová (también adecuadamente, según los datos oficiales, además de la experiencia común). Todo esto nos permitiría trazar una secuencia interna de la historia de la ficción perfectamente engarzada con la secuencia de los hechos históricos conocidos²¹.

También las descripciones del espacio contribuyen al carácter realista de la novela y a dar presencia física a su historia. Aunque no se refiere a ningún lugar concreto ni menciona topónimos, se recrean los paisajes y ambientes del Páramo y de la Montaña de León y las formas de vida de una «pequeña ciudad de provincia» con el río, las nieblas, etc.

Ahora bien, sobre esta posibilidad de reconstrucción histórica se proyecta una particular experiencia del tiempo (como proceso de desgaste y deterioro), que lleva a integrar el aspecto psicológico personal en la consideración histórica. De nuevo el factor subjetivo es el que da su tonalidad al relato, no los hechos mismos. Por eso se marca continuamente la distancia (espacial y temporal) al recordar los acontecimientos vividos dentro de la historia de la comunidad. Dice una joven, hija de Muñoz: «todo aquello me parece otra vida, como esos años de niña que se recuerdan siempre... ya digo que es volver [ahora] como veinte años hacia atrás...» (p. 164) Y si esto es una mirada ya desvinculada, la de Molina, miembro tradicional, parece mucho más implicada: «En esto notaba, más que en nada, cómo el tiempo había pasado para todos, aunque de modo bien distinto.» (p. 166). Y aquí importa menos el motivo (los cafés nuevos o viejos) que la reflexión misma. A este efecto contribuye también la descripción de la capilla, en palabras del narrador reportero. Ahora bien, al tratar de la existencia de un grupo religioso parece que es especialmente adecuado prestar atención a la conciencia individual y de grupo y no sólo a las implicaciones sociales de la religión; por eso la elección del grupo evangélico es ejemplar: permite inquirir en el aspecto humano, íntimo, de la experiencia religiosa en relación con los otros aspectos de la vida, sin dejarse llevar por juicios acerca de la relación nacionalcatólica de la España del Régimen. Es decir, permite resaltar una

²¹ Insiste en el valor documental Ángel Raimundo Fernández en su artículo citado e incluye en una nota referencias a monografías y estudios posteriores (en bastantes años) a la novela de Fernández Santos, lo que acentúa este aspecto de su mérito. En realidad, el novelista ha aportado datos concretos respecto a su conocimiento del asunto, desde la asistencia a un entierro al conocimiento de alguna persona de «la familia Sedano», el referente geográfico real que es el pueblo leonés de Jiménez Jamuz, etc. Véase F. Martínez García, *Historia de la literatura leonesa*, León, Everest, 1982, p. 82 y Ramón Jiménez Madrid, *El universo narrativo de Jesús Fernández Santos (1954-1987)*, Murcia, Universidad, 1991, pp. 131-132.

dimensión específica del fenómeno religioso, bien que con una visión propia del autor que constituye su universo de significado.

En definitiva, creo que la novela trata de presentar una historia desde la conciencia de ser (identidad personal, familiar, de grupo) y desde la conciencia de existir y coexistir en un medio generalmente hostil y en un decurso temporal fundamentalmente destructor²². Pero no se cierra ahí, sino que, mediante el final, que remite al título, se abre a un sentido que debe prolongarse en el tiempo y que se refiere, a la impresión de realidad y, más allá, de verdad que recibe el lector. Se trata precisamente de un *libro de las memorias de las cosas* (tal como las memorias particulares las pueden recordar y reconstruir). Y se escribe «para que si algún día alguien quiere saber algo de vosotros, de lo que sois o fuisteis o seréis, pueda llegar a conoceros, odiaros, envidiaros o huiros, para que llegue a conocer vuestra historia...» (p. 390, fragmento final de la obra.) El conocimiento de esos hechos no llegará como resultado del acopio de datos, sino por medio de revelaciones de la intimidad y provocará una reacción emocional («odiaros, envidiaros, huiros») que es ya interpretativa y, desde luego, abierta y variada, y que, gracias al escrito, pervivirá para reaparecer en cualquier momento.

Y la razón de esta referencia al *Libro de Esther* puede consistir en que ahí se relata un supuesto episodio de la historia del pueblo de Israel, una minoría fiel a Dios (a su Dios) en medio de una sociedad diferente, dominante y pagana, durante el exilio en Babilonia. Esa semejanza imprecisa de situación fundamenta el valor ejemplar de la novela y la sitúa en un contexto metahistórico. Es decir, parte de una situación histórica real para plantear una interpretación de la historia y de la acción de Dios en ella. La diferencia radical se encuentra en la perspectiva del autor o, digamos, en el carácter intencional del texto, ya que el libro bíblico habla de un cuidado providencial, bien que urdido políticamente, y este «otro libro» permite advertir la condición escéptica del novelista, aunque también el cuidadoso respeto de su reconstrucción y la emocionada evocación final de las figuras contenidas en él. El éxito (incluso sangriento) que acompaña a la petición de Esther y a la promoción de Mardoqueo (sobre el valido Amán y sus partidarios) no tiene correspondencia en el libro de Fernández Santos; más bien ocurre lo contrario. Y ninguna figura femenina logrará el favor de salvar a su pueblo, aunque es sugestiva la posible comparación del personaje femenino con Cecil, la primera esposa del fundador, Sedano²³. Finalmente, el título mismo de «Libro de las Memorias» equivale a Crónica, y se

²² Fernández Santos habla de la valla que separaba el cementerio católico del otro en el entierro al que asistió. Al final de este trabajo volveré sobre ese recuerdo (Jorge Rodríguez Padrón, *op. cit.*, p. 28).

²³ Cecil, de buena familia británica, misionera en España y primera esposa de Sedano (aunque no madre de Virginia y de Margarita) es casi un personaje mítico, situado en un origen de la historia al que apenas llega el relato. Es evocado continuamente por Margarita, que incluso habla con ella. Resultan sorprendentes los rasgos de esfuerzo y de valor de que hace gala toda su vida, en medio de un ambiente tan distinto de su origen y tan duro en sí mismo, por una parte, junto a cierta intimidad muy femenina, que Margarita descubre, admira y que le provoca sugestivas fantasías.

refiere al libro que Asuero, en una noche de insomnio, se hace leer y en el que descubre el servicio que el judío Mardoqueo prestó al denunciar una conjura en su contra. La transcripción de Fernández Santos en la conclusión de la novela remite a una cierta intención de recuperar o insertar esta «otra historia» en la memoria común, como ya he dicho, añadiendo otro significado a la palabra «memoria».

Y en relación con los hechos narrados (la historia) y con la perspectiva del autor (ambigua, entre la admiración comprensiva y el escepticismo) hemos de poner la cita del segundo epígrafe, tomado del libro del *Éxodo* (XIX, 5-6) en el momento solemne del pacto de la Alianza del Sinaí. Se trata de un texto de elección («vosotros seréis mi especial tesoro entre todos los pueblos de la tierra») condicionada a «si escucháis mi voz». Ahora bien, ¿es esta Crónica de los Hermanos verdaderamente una muestra de esa elección y de la fidelidad reclamada? Más bien la historia deja abierta la duda acerca del sentido atribuido a la historia por el versículo del *Éxodo*. Y nos plantea la que considero clave de la novela.

4. EXCLUSIÓN Y ELECCIÓN COMO MARCAS DE IDENTIDAD EN LA EXISTENCIA

Dos observaciones previas se hacen necesarias. La primera, de cierta evidencia, es que en todos los momentos de la novela está presente el hecho de la diferencia y de las difíciles relaciones de la comunidad de los Hermanos con el resto de la sociedad. Es más bien el presupuesto narrativo que hace interesante el relato y que justifica todo el desarrollo de la psicología de los personajes y su forma de actuar. En segundo lugar, que el *único motivo* de esta discriminación es el religioso, ya que no se percibe ninguna razón de clase, de pertenencia étnica o de origen. Estos dos hechos concentran toda la atención sobre el conflicto social y las repercusiones existenciales de ese conflicto, basado en la confesión religiosa del grupo, distinta aunque no radicalmente diferente de la mayoritaria (y oficial).

La consecuencia fundamental (que se corresponde con la exclusividad del motivo religioso como causa del conflicto) es que *el aspecto fundamental y casi único de su identidad como grupo y como individuos deriva de su condición y confesión religiosa*. Ellos se relacionan entre sí y tratan en su Consejo de la situación de los miembros: en la novela se expulsa a Molina y se separa a Margarita. Y apenas nada de fuera les interesa por sí mismo. El hecho está presentado narrativamente mediante el protagonismo colectivo (Margarita y Virginia son dos personajes destacados solamente) y la multiplicidad de voces con el mismo grado de importancia y de valor testimonial.

Un diálogo de Sedano con el cochero de la tartana es significativo de esa mirada ajena. Dice el cochero: «Todos le conocemos. Es el pueblo de los protestantes». Y más adelante pregunta Sedano: «¿Y por qué sabe usted que soy protestante?» A lo que aquel responde: «Pues, hombre, en primer lugar, por el pueblo al que va... y,

sobre todo, más que por nada, porque con ustedes, más tarde o más temprano, siempre se acaba hablando de lo mismo.» (pp. 315-316) Esto deriva en un motivo de separación del resto de la sociedad. Cuando ya la dificultad de convivencia no es tan grande y no hay tanta razón de exclusión, continúa un espíritu de segregación y diferencia, que aspira a una suma pureza de conducta y que es el presupuesto que entienden necesario para mantener su identidad, amenazada por el acoso exterior (indiferencia, vacío, otras confesiones, etc.) Los jóvenes (que han estudiado y se han alejado físicamente de la comunidad) abandonan esa confesión (sin dejar la creencia e incluso la práctica religiosa) como ocurre con los dos hijos de Muñoz. La reflexión de este personaje es significativa: primero, espera que los muchachos vayan por el buen camino (con dudas y temores) y los imagina a veces «asistiendo a los cultos, fieles a la Comunidad, casados dentro de ella, como en los clanes familiares que mantienen unidas las de otros tantos pueblos», aunque también marchándose definitivamente; y luego piensa que «quizás el problema de su Iglesia, de su propia confesión sea el de pasar esos cerros, ese río, ese puente, sin perderse a sí mismo». Excelente imagen de la vinculación espacial y de grupo de la identidad.

El caso de Muñoz, en efecto, es ejemplar, ya que sigue convenciendo a los demás con sus sermones (que brotan de su sincera adhesión confesional) y deja a la vez «escapar» a sus hijos (p. 307). Pero también lo es Molina, que se separa de la Comunidad, después de haber sido uno de los puntales, para unirse a otra mujer y trabajar como encargado de una mina de su hermano. En los debates y en los juicios queda de manifiesto que el único aspecto que se tiene en cuenta es el religioso. Así se percibe –por ejemplo– en los juicios de Virginia sobre otros personajes (ahora su propia hermana): «¡Ojalá no se haya apartado del Señor!... Ojalá no se empiece a apartar de nosotros y nos venga con ella un nuevo escándalo. Lo primero, lo principal sería evitarlo. Bastante nos critican, bastante nos atacan. Que el Señor nos oriente, nos devuelva la paz, no nos deje de Su mano y quiera perdonar a Margarita si es que ha pecado en algo». (p. 277) Y cabe notar cómo la identidad va unida a la idea del grupo atacado, de la defensa de su integridad. Por otra parte, la separación se relaciona estrechamente con el pecado, tanto en el caso de Margarita, como, sobre todo, de Molina.

Este es otro de los rasgos más marcados de la configuración de la identidad, a la vez personal y del grupo o, mejor, de la personal en función del grupo. El pecado está visto como abandono y ofensa del Señor, como separación del grupo, ruptura de la unidad. Y la tentación del diablo como justificación porque los tiempos están revueltos. Y esto se vive interiormente de forma obsesiva. Margarita piensa siempre en el pecado; más aún, cada vez que observa algo anormal (unas vecinas desnudas) o que ella se sale de la rutina piensa que ha pecado, inmersa en un proceso de descomposición personal, neurótico y delirante. Cuando se refiere a Molina, que convive con una mujer, llama a ésta «su demonio», sin atención a otros aspectos posibles.

Finalmente, el narrador percibe esa indiferenciación entre identidad personal y de grupo al entrevistar a Margarita (el personaje con más *interioridad* de la novela)

y comprender que lo que dice –incluso de sus propios padres y de Cecil– «recuerda a los libros en que ellos mismos se describen a sí mismos... De la otra, de la inglesa, sólo repite el cliché de todos: que hizo una gran labor hasta que, llegado su momento, el Señor la llamó a Su presencia» (p. 325). Es curioso que hay un diálogo íntimo muy constante en Margarita, en particular con el fantasma de Cecil, pero hacia fuera sólo reproduce clichés. Por eso el narrador reportero piensa que «es difícil sacar nada en claro» (*Idem.*)

Ahora bien, este aspecto de la identidad es el que está en crisis por el cambio de los tiempos. Desde el presente se puede mirar hacia atrás, y la novela deja entender (si no lo propone) un proceso de la Comunidad en cien años que marca tres fases, más una que es la del presente, abierto tal vez. Podemos recorrer esas fases con un modelo sociológico que nos señala una fase fundacional, carismática, con la presencia extraña y cautivadora de Cecil –«la que le dio un impulso a todo aquello» (p. 325)– y el trabajo de Sedano. Después de la temprana muerte de Cecil y ya consolidado el grupo en el pueblo, viene la fase institucional, de consolidación, a través de la regularidad de los cultos en la capilla, de las relaciones dentro de su ámbito geográfico, y de los esfuerzos por lograr un estatus legal que les diese carta de ciudadanía. Eso ocurre, pero viene luego la guerra y cierto retroceso exterior. Finalmente, la marcha a la ciudad de Sedano (para buscar salida a sus hijas o porque éstas se lo imponen) y de otros miembros inicia una etapa de dispersión y de decadencia («Después que se marchó Sedano, hay que reconocer que todo fue a peor»), hasta llegar al momento presente, que puede ser visto como de crisis profunda²⁴, con el aspecto de cuidado abandono de la capilla, la incertidumbre ante los cambios históricos y el agotamiento de la comunidad rural: «los que se quedaron se hicieron, ¿cómo diría yo? más resacos, más duros... El invierno vino para ellos también» (p. 369) La geografía es interesante en este caso, porque la pequeña ciudad de provincia donde viven los personajes ya no es como el pueblo, y Madrid o Barcelona suponen un riesgo y una pérdida.

Cabe preguntarse si esta visión es completa y si el sentimiento de agotamiento que se desprende de ese proceso histórico viene ratificado por los datos históricos externos. El hecho es que, después de 1965 el número total de los Hermanos en España no disminuye. Si en la *época fundacional* apenas había más de mil quinientos Hermanos, en 1960 podía haber cerca de cinco mil, y en 1980 eran más de seis mil (incremento pequeño, pero real) y en 1990 cerca de doce mil. La novela está escrita a finales de los sesenta. Se puede pensar en una crisis temporal y en una recuperación posterior. Pero esto nos hace pensar que la perspectiva del novelista no se

²⁴ Estoy bastante de acuerdo con Ángel Raimundo Fernández: «Pero la decadencia y crisis religiosa no sobreviene por esos motivos [hostilidad, trabas...], sino por una descomposición interna que se relaciona con un panorama general de crisis espiritual que afecta a la concepción del mundo de unos y de otros» (*art. cit.*, p. 151), con dos salvedades: otros grupos crecen, como saben los personajes; y la crisis viene también de la identidad cerrada del mismo grupo, de su segregación-aislamiento.

propone trazar una historia externa de esta confesión evangélica, sobre todo, sino ofrecer una mirada sobre procesos humanos, cuando éstos se centran con tal grado de exclusividad en la identidad religiosa y en el grupo aislado. Es posible también otra interpretación, que, a mi juicio, tiene bastante de plausible pero también de parcial. Soldevila habla del fracaso de «una tentativa de vida comunitaria fundada en principios religiosos. Éstos no parecen ser causa del desmoronamiento por razón de su origen exótico, sino más bien por vicio general, porque parecen no resultar sino reflejo degradado de valores tal vez más sencillos y menos ambiciosos, y porque, sobre todo, parecen irrealizables en el contexto de aislacionismo, autocomplacencia y egolatría propios de todas las aventuras angélicas portroyalistas.»²⁵

En cualquier caso la novela insiste en un hecho, que es la tensión constante entre el dentro de la Comunidad y el fuera de la sociedad, con distintos grados de virulencia según las fases que hemos señalado. Recuerda la hija de Sedano: «Entonces, a pesar de las pedradas, era todo más fácil» (p. 333). En cambio, en la fase última la tensión se reproduce dentro mismo, con las defecciones y ausencias, con la emigración de los jóvenes hacia otros ámbitos. Atendiendo a este hecho, podemos diferenciar dos aspectos: el que comporta muestras de intolerancia social, rechazo y acoso por parte de una mayoría poco caracterizada en la novela (recuérdese la perspectiva interior) y el que supone una segregación social por parte de los miembros del grupo, en función de esa autoafirmación de identidad (el ideal –ya imposible– de Muñoz de un clan familiar que mantuviera unida la Comunidad.) La otra cara del aislamiento es la propia conciencia de la diferencia, que les hace seguir adelante en contra de ese ambiente hostil. Y ahí tenemos un proceso de diferenciación, tanto más necesario cuanto son una minoría excluida sólo por motivos religiosos e interpretan su exclusión como efecto de la elección y fidelidad. La idea de la catacumba, de la fortaleza contra el mundo, de grupo a semejanza de los primeros cristianos produce una identidad marcada por la conciencia de la separación como parte o pueblo objeto de elección.

Esta idea de segregación (unida a la afirmación de la identidad²⁶) queda formulada como una duda, no muy personalizada, en algún momento avanzado del relato:

²⁵ Ignacio Soldevila, *op. cit.*, pp. 236-237. Estas últimas frases que, para él, ofrecen el «sentido palmario de la novela» parecen no hacer justicia ni a la complejidad de los hechos ni a la complejidad de las voces narrativas. No es un aspecto único el que aquí se está presentando ni parece haber un solo sentido tan reducible y esquemático. La interacción en la historia y en la composición del relato es lo que me parece que domina en todo, desde las relaciones sociales *ad intra* y *ad extra* hasta las formas de conocimiento con que se maneja la novela.

²⁶ El narrador reportero transcribe con cierta reticencia la situación, según Muñoz: «doscientas personas, o cincuenta quizás, elegidos, señalados, protegidos por esa mano poderosa, que, rompiendo las nubes, señala cada sábado o domingo a aquellos que se reúnen en sus capillas nuevas o viejas. Cincuenta mujeres y hombres justos, de Dios, la savia de una ciudad, de una aldea diminuta, pequeña, la sal, el humus de la tierra...» (p. 336) Las referencias bíblicas son múltiples, desde los diez elegidos de Sodoma hasta la disminución de los ejércitos para vencer a los enemigos, pasando por la parábola de la sal de la tierra.

«Puede que vivir así, tan apartados, tan tranquilos, no sea un bien, según creyeron siempre...» Parece, en general, que, para los Hermanos, considerarse elegidos especialmente, ser pocos y mantener un espíritu vivo en la fidelidad y en la mutua relación, ha sido una señal positiva y decisiva; que, por tanto, la segregación era bien vista hasta que los problemas llevan la duda a su ánimo: «Quizás no seamos sus elegidos...; puede que seamos como los demás, ni más diferentes, ni más sabios, pero vivimos más cerca del Señor...» (p. 345. Todo este parlamento de Muñoz es un pequeño tratado de la duda, aunque no parece que los demás sean tan sensibles a esta cuestión.) En realidad abunda la monotonía, la tristeza, el cansancio, de que da muestras Margarita (p. 357). Sin embargo, a lo largo del relato se insiste en la elección y en la semejanza pretendida con los primeros cristianos (p. 88) Se niegan incluso a aceptar las posibilidades que les concede la ley del registro de Asociaciones Religiosas en el postconcilio. Muñoz y el joven Emilio están a favor; pero «los Ancianos votaron en contra. La Iglesia nunca fue más fuerte –afirmaban– que cuando luchó en las catacumbas» (p. 212). Hay un rechazo consiguiente de la sociedad industrial y de sus costumbres. Ahí puede aflorar una razón de su decadencia, acorde con el cambio de cultura rural a urbana y con la expansión de los nuevos medios de comunicación y de propaganda. Los personajes actúan con clara conciencia y voluntad de separación, tanto en su espacio y en su ritual como en la manera de considerar a «los otros», los del mundo, en cuanto a su modo de vestir, sus costumbres y su vida: «Virginia no quiere asomarse al mundo. Ella, de la capilla a la oficina de seguros, y del trabajo a casa de Muñoz o de nuevo a la capilla.» (p. 73)

Pero la posición de duda más rotunda está también en boca de Muñoz, el portavoz reflexivo de la comunidad. Después de la sentencia negativa contra Margarita, comenta: «Espero que a fuerza de separarnos de la vida, no se acabe la vida separando de nosotros.» (p. 355. Frase que puede adquirir un sentido especial para el lector cuando conoce el presunto suicidio de Margarita. Creo que se podría considerar la fórmula más próxima al pensamiento mismo del autor, dentro de lo que un relato tan elusivo permite deducir.) En cualquier caso, la minuciosidad, la aplicación de normas quizás obsoletas, el aislamiento conducen a un final bastante trágico: suicidio de Margarita, enferma mental, internamiento temporal de Virginia en un psiquiátrico y salida para casarse con el pecador arrepentido, Molina, restableciendo, en apariencia, el orden del grupo.

A esta segregación le corresponde también la mirada de «los otros», mucho menos marcada y precisa. El narrador reportero es receptivo y respetuoso, como cumple con su tarea. Y continuamente transmite sus dudas y las interrogaciones de los personajes. Los demás ven a los protestantes de manera poco diferenciada: raros, los que no son como nosotros, los que no van a misa o, más precisamente, los que explican libremente la Biblia. La atención del narrador ofrece, en cambio, de forma implícita, y también explícita, bastante información sobre las celebraciones, asambleas, falta de autoridad institucional, contacto de los grupos aislados entre sí, etc. (Véase las palabras que transcribe del Hermano Muñoz en pp. 23-24.)

En definitiva, todo parece efecto de causas dobles, a la vez que relacionadas: dificultades exteriores y paso del tiempo, intolerancia y hostigamiento e identidad, fidelidad a una elección y anquilosamiento en formas obsoletas. La identidad en función del aislamiento y de la confesión. Y la realidad española misma se presenta en escorzo, desde un ángulo distinto, original, que es exactamente el espacio de la separación, de la *valla* que observaba Fernández Santos rompiendo la unidad del mundo de los muertos y del mundo de los vivos.

5. ASPECTOS PROPIOS DE LA CONFIGURACIÓN DEL UNIVERSO NARRATIVO

Ya no es cuestión de insistir en la fragmentación de la historia, el desorden, los contrastes y reversiones del tiempo, la imprecisión de las conciencias en su manera de percibir los hechos exteriores, la subjetividad del relato y la multiplicidad de voces. Pero quedan otros aspectos que merecen atención para seguir indagando en el significado de esta narrativa de temática religiosa.

Hay que atender brevemente al espacio, que tiene una destacada elaboración en las novelas de Jesús Fernández Santos de ambiente rural. En ellas la dureza del paisaje, la hostilidad de los elementos se configura no sólo como marco, sino como símbolo de la existencia humana; y, en este caso, de la comunidad, con su esfuerzo de afirmación y sostenimiento frente a la hostilidad social²⁷. El espacio representativo es también simbólico. La capilla, en las afueras, se alza como una figura metonímica del grupo, aislado, excluido, encerrado en sí mismo. Su situación, a espaldas del pueblo y frente a la desolación del Páramo, es una representación espacial de las relaciones sociales. Pero su interior sobrio, limpio, ordenado, es también una representación de la conciencia que el grupo tiene de sí o quiere tener. Su abandono en los momentos finales es naturalmente el que corresponde a la dispersión y deterioro de la pequeña comunidad rural, que ya sólo ocasionalmente se reúne allí. Tanto el aislamiento como la construcción geométrica, simple, regular, su sencillez que es pobreza, incluso, pueden referirse a otros aspectos más profundos: sobre todo a la idea de elección, que es separación o segregación del resto, y a la fidelidad con que se responde a esa elección, y, de ahí, a la sacralidad que se distingue de la vida cotidiana (de los hornos de barro) en las reuniones, sin liturgia ni jerarquías. Es el índice que señala, pues, tanto la marginación social como la segregación en vista de una identidad particular. Desde luego, la impresión que transmite el narrador es a la vez

²⁷ «El Páramo liso, infértil, tostado, se extiende desde más allá de las tapias de la capilla hasta más allá de lo que se alcanza a ver del horizonte» (ed. cit., p. 8) La dificultad del ambiente, elevada a condición existencial, se percibe también en que las temperaturas suelen ser extremas. Por otra parte, en la pequeña ciudad de provincia la niebla es frecuente y evoca la imprecisión de la conciencia de Margarita, por ejemplo; o las dudas del lector mismo.

de respeto, de agrado y de disgusto, de incomodidad. Esto al comienzo y al final de la novela²⁸. Y éste es otro aspecto digno de destacarse, pues el relato anticipa la descripción física del lugar y casi termina con la visita a él del narrador, guiado por Margarita: el espacio aparece entonces cerrado y vacío. De esta manera, en la secuencia (horizontal) del relato, encontramos las funciones de apertura y (en cierta forma) de cierre vinculadas a la descripción del espacio físico que es la capilla; y en la dimensión significativa (tropológica o vertical) ese espacio se configura como el símbolo del grupo y de su conciencia. Así refuerza el relato una indiscutible unidad interna, a pesar de la dispersión de su forma fragmentaria.

Pertenece también a la figura de la Capilla su condición de «espacio vinculante» en el relato. Para todos los personajes del pueblo es el centro de su actividad religiosa, donde entran en contacto con Dios y establecen los acuerdos de grupo. Pero para Margarita (y otros) es el espacio particularmente vinculado al padre y a Cecil, figuras casi míticas, como he dicho; y corresponde precisamente al espacio vital de la infancia, que se idealiza. Y más todavía: en los tiempos presentes y de alejamiento físico, sigue siendo el espacio de referencia, hacia el que se vuelve y desde el que se vive. Ausentes, nunca lo han abandonado psicológicamente; la vida se comprende desde él y su centralidad simbólica marca la permanencia de su conciencia de elección y la función de la ley y del esfuerzo.

Otro aspecto digno de ser atendido es el lenguaje. J. Rodríguez Padrón ha observado: «asumimos la verdad como palabra escrita: las crónicas darán testimonio de la historia y sus avatares; y la palabra sagrada, la Biblia, se maneja aquí no sólo como referencia adecuada para la anécdota, sino como origen de la peculiar elaboración del lenguaje en toda la novela. Es una prosa cuya riqueza y verbosidad tienden siempre a la retórica, a lo ritual...»²⁹ Ciertamente, la palabra acompaña en sus meandros a las vacilaciones y dificultades del relato y le confiere otra cualidad, que es la indiscutible densidad (y morosidad). Es sin duda natural que personajes tan identificados con su carácter religioso estén citando directa o indirectamente el Libro; y que el narrador emplee esas mismas referencias intertextuales para dar un carácter homogéneo al relato. Pero además contribuyen a marcar una dirección interpretativa del libro, como propone Á. Raimundo Fernández, dada la familiaridad del lector con los intertextos (o con su estilo). Hay además otros textos citados e incorporados, como villancicos y una auténtica emisión radiofónica de la Comunidad Bautista. «De tal modo —señala el crítico— que la referencia última de la novela apun-

²⁸ Puede advertirse más respeto y demorada atención en el comienzo. Al final ya el lector conoce el sitio y la visita parece decepcionar al curioso narrador. Para todo esto, vale la descripción: «El edificio todo parece bajo un fanal, lejos del polvo, de los helados vientos que lo barren, del sol de agosto que resquebraja la argamasa y la cal, de la lluvia violenta, inesperada que, cuando cae es como si el cielo reventara» (ed. cit., p. 9). Es fácil percibir tanto la idea de segregación y sacralización (fanal) como su carácter de refugio frente a la hostilidad violenta del medio.

²⁹ En su “Estudio preliminar” a la edición de *La que no tiene nombre*, ed. cit., pp. 31-32.

ta a la consideración del hombre como ser religioso, que se preocupa, angustia y muere acuciado por tales cuestiones»³⁰. Así parece, de manera indiscutible si reducimos este espacio significativo al conjunto de los personajes de la novela. Y, desde ellos, también puede surgir la pregunta y la interpelación al lector que se apunta en el final y que antes he explicado.

6. POSIBILIDADES INTERPRETATIVAS

La cuestión es, sin embargo, si podemos determinar en qué sentido va esa interpelación y pregunta al lector. Y aquí ya no me parece tan evidente y única la respuesta. Vamos a partir de un efecto de lectura: la novela, como se ha dicho repetidamente, se ofrece desde una perspectiva *interior* y subjetiva, así lo atestiguan las voces y los modos narrativos. Pero también como una investigación de alguien ajeno al grupo y a sus condiciones. Esto permite que haya a la vez una atención al fenómeno religioso, tal como se presenta en este grupo particular, y una carencia de implicación o de compromiso por parte del autor implícito. No me parece una novela propiamente *religiosa*, sino una novela sobre un *grupo religioso*. Implícitamente se considera que el factor religioso no es ajeno a la condición humana y que, por tanto, puede ser digno de ser considerado en sí mismo como materia de un relato y que abre perspectivas especialmente profundas para analizar los fenómenos de convivencia social y de conciencia personal. La confesión religiosa del grupo (con las notas de exclusión e identidad que he marcado) se considera, en sí misma y en su dimensión social, como un campo de investigación para entender y presentar fenómenos humanos de extraordinaria complejidad y ambigüedad, que se refieren a las relaciones, creencias, tiempos, ilusiones y a la posibilidad de conocer, comprender y transmitir este caudal de experiencias³¹.

De esta manera el estatuto epistemológico de la ficción (tal como lo presenta esta novela) nos remite a una función inicial: necesidad de saber, a partir de una pregunta, y a una función final: intento de comprender desde ese saber. La primera función se vincula a la presencia y tarea del reportero-narrador, que quiere investigar la realidad y las formas de vida de la comunidad, y para ello pregunta sobre todos los aspectos que le parecen significativos. Pero no hay una conclusión tajante y apodíctica. Se transmite tanto la opinión de los testigos como la impresión del narrador. La segunda función se percibe claramente en el cierre de la novela (ya comentado) y en

³⁰ Art. cit., p. 163. Ahí mismo hace una minuciosa revisión de los textos bíblicos citados o referidos.

³¹ Ha sido frecuente, sin embargo, una visión sociológica del fenómeno religioso, más vinculado a la referencia española, como hemos notado en Concha Alborg, o referido a las creencias religiosas en relación con la conducta humana y su madurez. Así, por ejemplo, escribe Margarita M. Lezcano: «Jesús Fernández Santos hace una dura crítica de las religiones establecidas que como grupos doctrinales mutilan la alegría de vivir y que además se constituyen en enemigos de los otros grupos, en abierta contradicción con el espíritu de la religión» (*op. cit.*, p. 42.)

su referencia al título: la realidad es tan compleja que exige la participación del lector, una posición de apertura, de interrogación y tal vez de perplejidad que se establece en la relación entre el lector y este texto, tan múltiple de hechos y de perspectivas. El trayecto narrativo discurre desde la pregunta a la pregunta porque la *realidad* que constituye la materia de la ficción y la sustenta se manifiesta como decididamente ambigua y prácticamente impenetrable al conocimiento objetivo y determinante. La verdad circula por ese espacio de ambigüedad y apertura semánticas que es la ficción y es interior a ella misma.

Así, considero que la novela permite –al menos– una interpretación en tres niveles, cada uno de ellos legítimo y, en cierto modo, suficiente, aunque también parcial. Sólo la integración (que no se logrará con una fórmula simple) de los tres podría dar cuenta más adecuada de todo el contenido de la obra. El primer nivel es el sociológico, marcado por la doble característica de constitución *ad intra* del grupo y de sus relaciones con la comunidad en que se encuentra: segregación, hostilidad, enfrentamientos, desconocimiento. En este plano se ofrece una historia de la Segunda Reforma en España y una *intra*historia de la realidad social española durante un siglo, desde varias miradas: la de los hermanos, la de los *otros*, la del narrador, ¿la del lector? Más en general, se puede proyectar la interpretación (en el sentido que procuraba Ignacio Soldevila) al problema religioso en España, a la constitución de un estado con una religión mayoritaria, que se hace exclusivista, y a los intentos de recuperación (imposible) de una supuesta pureza originaria (que tanto marcaron también la renovación del catolicismo a partir del Concilio Vaticano II.)

El segundo nivel se inserta en el anterior como su dimensión interior, ya que trata de los procesos personales de creencia e identidad dentro del grupo, en relación con la historia familiar, que se diluye hacia el futuro en algunos casos y que ofrece un amplio margen de incertidumbre y un alto grado de conflicto. Tanto se puede apreciar el proceso de ilusión y fracaso que parece inherente a los tiempos, como la condena a ese fracaso por el encerramiento de la identidad personal en la identidad del grupo, que lleva al estereotipo sin relevancia y a la disfunción entre el ser y el parecer (caso de Margarita) o al endurecimiento de ese ser (Virginia) frente a la fluidez del tiempo. Aquí encontramos la posibilidad de referirnos a otra imagen espacial que es la del laberinto: los personajes parecen moverse en un espacio vital clausurado, en el que están perdidos, y que determina que sus movimientos les conduzcan hacia el fondo. La religión juega el papel de cualquier creencia firmemente asumida, desde la cual se ha construido la personalidad; con dos matices. Primero, el carácter de absoluto que generalmente comporta y que no es exclusivo de esta confesión. Segundo, el grado de implicación personal (y familiar) es también completo, pues ordena y da sentido a toda la historia en una dimensión metahistórica que puede plantearse como contradictoria con la realidad en sus aspectos fenomenológicos, lo que llena de dudas el ánimo de algunos creyentes. No suscitan dudas los rechazos exteriores, sino la irrelevancia social de la propia confesión. También este es un aspecto digno de ser analizado narrativamente y permite establecer los procesos psi-

cológicos, afectivos del vivir humano más hondo y hacer aflorar las conciencias en las palabras.

El tercer nivel atiende a lo que es específicamente religioso, y sin ello todo lo anterior parece carecer de su sentido más propio en esta novela. Ya he dicho que el aspecto religioso no es ajeno a la dimensión humana; es decir, sólo existe como un rasgo de la existencia humana (empíricamente observable) que se constituye en elemento central, motor a veces exclusivo, de la vida de ciertos individuos. ¿Cómo ocurre esto? ¿Cuáles son los elementos de su confesión, de su ritual, de su sentido moral? ¿Cómo la religión da sentido a la vida frente al dolor, a la soledad, a la muerte? ¿La religión aboca también al dolor y a la soledad? ¿De qué modos personas distintas en distintos tiempos acceden a esta experiencia de sentido? ¿Cómo se puede objetivar en doctrina esa realidad espiritual? Me parece que el cambio de la afirmación (en los párrafos anteriores) a la interrogación marca precisamente la ruptura de nivel y el cambio de perspectiva del autor, que, en este punto, trata de entender o más bien de proponer la pregunta para entender. No hay nada en la novela que no esté marcado por esta dimensión religiosa. Se verifica, en el conjunto, lo que decía el cochero a Sedano: «con ustedes siempre se termina hablando de lo mismo». Pero para acceder a este nivel (que es el de la pregunta) sólo cabe conocer su historia.

* * *

Concluyo con una nueva referencia metafórica del espacio. Volvemos al recuerdo de Fernández Santos: de pequeño asistió a un entierro protestante y le llamó la atención la alta y espesa valla que separaba el recinto del cementerio católico (que equivale a decir general). Y comenta: «A mí no me gustan las vallas, ni los muros, nada, en resumen, que separe a unos hombres de los otros, y me preguntaba cuánto tardaría esa tapia en caer, y me lo sigo preguntando todavía... Como yo soy narrador... acabé haciendo una novela... desde el lugar justo de esa misma valla, ni más acá ni más allá, desde la huella que dejará en la tierra un día... definitivamente olvidada.»³² El texto tiene claramente una referencia social e histórica a favor de la integración y de la tolerancia: los muros de la incompreensión y de la exclusión social que han marcado una historia nacional (y más que nacional, como hemos visto y estamos viendo) deben ser superados. Es así, en el mejor sentido, un relato moral. Pero ese límite metafórico puede ser igualmente el del novelista, contemplador atento pero ajeno a la vez al fenómeno religioso mismo (se trataba justamente de una ceremonia religiosa), que está en el umbral, en el lugar desde el cual se percibe la realidad y la identidad del fenómeno, del que se trata de dar cuenta en toda la compleja trama de sus componentes. *Libro de las memorias de las cosas* es en este sentido un relato liminar espacial y temporalmente.

³² Véase Jorge Rodríguez Padrón, (ed.) Jesús Fernández Santos, *op. cit.*, p. 28.